

# **¿REPRESIÓN Y VIOLENCIA COMO SÍNTOMA DE CRISIS ORGÁNICA? A PROPÓSITO DE LA *MARXA DE LA LLIBERTAT*, LA REACCIÓN DEL FRANQUISMO Y LAS RESPUESTAS SOCIALES EN LA CATALUÑA RURAL\***

Cristian Ferrer González  
*Universidad Autònoma de Barcelona*

## **El franquismo, la disidencia y el mantenimiento del orden**

“Pues bien; sí. Es cierto. Yo lo que deseo es continuar el franquismo. Y mientras esté aquí o actúe en la vida pública no seré sino un estricto continuador del franquismo en todos sus aspectos y lucharé contra los enemigos de España que han empezado a asomar su cabeza y son una minoría agazapada y clandestina en el país”<sup>1</sup>.

“Sólo se reforma lo que se desea conservar; sólo se conserva lo que se estima. Continuidad y reforma son conceptos que se complementan”<sup>2</sup>.

Carlos Arias Navarro, 1976

Violencia y orden se hallaban en la génesis del franquismo. Explican qué motivó su nacimiento y son también una de las múltiples claves de su desaparición. Conviene tener presente que el mantenimiento de la enarbolada “paz social” resultaba fundamental para el régimen, ya que en ella se encontraba su razón última de ser. En consecuencia, toda investigación que atienda la represión y la violencia política durante el franquismo —también del franquismo sin Franco— debe comprender esa centralidad que representaba para la dictadura la subyugación de toda muestra pública de disenso; es decir, el total e inequívoco sometimiento a su orden, a su ideología, a su régimen. Ello implica que debemos atender las actitudes sociales de la población siempre en base a los postulados de la dictadura puesto que es la naturaleza del poder la que determina las formas de resistencia u oposición.

Debemos, pues, entender por “subversión” aquello que el régimen consideraba subversivo: del desafío político a las manifestaciones públicas de disenso y, en suma, el conflicto y toda transgresión de la vanagloriada armonía franquista. En este sentido, la conflictividad bajo la dictadura estuvo codificada por los principios de legitimidad fundacional del régimen, que no contemplaba ni podía contemplar ninguna práctica en contra de esa “paz social” que afirmaba garantizar, por aparentemente insignificante que fuese esa ruptura en su cosmovisión ideológica.

Unos años antes de la muerte de Franco, sin embargo, el régimen se encontraba sumido en una crisis de hegemonía que si bien no le amenazaba con el colapso inminente, sí ponía en cuestión su supervivencia a largo plazo. Conscientes los franquistas más perspicaces de su grave situación, se convencieron sobre la necesidad de iniciar reformas, no con el fin de dejar atrás la dictadura, sino para ensanchar su base social y atraer a sectores de una población que había cambiado profundamente durante las últimas décadas. El proyecto reformista-limitado del “12 de febrero” capitaneado por Arias Navarro en 1974, si exceptuamos al ruidoso “búnker”, contaba con un extendido apoyo entre el personal político, aunque con una escasa credibilidad entre el grueso de la sociedad civil, hechos, los dos, que marcarían su fracaso. Fracaso expresado en la reaparición de violencia más propia de tiempos que se creían pasados.

Todo sistema político necesita de consentimiento y apoyo social para su sostén, puesto que ningún régimen puede pervivir sólo con violencia —o con su amenaza— de manera permanente. El uso de la fuerza extrema durante el franquismo fue efectiva para eliminar físicamente y desalentar a reales o potenciales detractores durante su larga existencia, así como para cohesionar a sus apoyos, aunque resulta evidente que no bastó con ello. Más allá de la “violencia purificadora” de sus primeros años, ésta fue un hecho consustancial a la dictadura. Tanto fue así que la represión devino un factor de primer orden en la configuración de actitudes de adhesión y consentimiento, así como las refractarias al franquismo. La tenue tolerancia imprescindible para hacer creíble el proceso reformista del régimen en 1974 se agotó en menos de un mes, cuando fue ejecutado en el garrote vil el joven libertario Salvador Puig Antich. Para el grueso de la población quedaba claro que el “espíritu del 12 de febrero era un viaje a ninguna parte” y el carcomido régimen se encerró sobre sí mismo<sup>3</sup>.

Desde posicionamientos antitéticos, el “búnker” y el antifranquismo lograron condicionar al gobierno Arias, que respondió endureciendo la represión que en realidad nunca había desaparecido realmente, sólo de manera virtual en la retórica del discurso

reformista. Los últimos meses de vida del dictador fueron un viaje atrás en el tiempo: estado de excepción, ejecuciones de presos políticos, detenciones, procesamientos y consejos de guerra. Cuanto más aumentaba la represión interna mayores eran las críticas internacionales a un régimen que había quedado como la “rareza superviviente” del fascismo europeo. En ese momento, en que los apoyos sobre los que se sustentaba el franquismo entraron en crisis, la violencia reapareció como única alternativa ante la desaparición de sus bases fundamentales; aunque pronto se evidenció su insostenibilidad. La muerte de Franco acrecentó la percepción que la dictadura podía acabar y se multiplicaron las actuaciones contestatarias del antifranquismo. Quedó patente la ampliación de las bases sociales de la oposición, formada por gente que nunca antes había participado en acciones contra el régimen. En un momento en que la crisis económica causaba estragos entre grandes sectores populares ante la escasez de políticas asistenciales, la principal baza del franquismo en el mundo del trabajo —el bajo desempleo— literalmente desaparecía y la sangría del paro forzoso parecía no tocar fondo, especialmente en Cataluña.

En la Cataluña rural venían acumulándose agravio tras agravio. La política gubernamental agraria produjo la pérdida de poder adquisitivo que diezmó la capacidad de consumo de las clases populares rurales ya antes de la crisis económica de 1973. La política de precios y las cotizaciones a la Seguridad Social Agraria, consideradas absolutamente injustas, conllevaron a la expansión del sindicalismo agrario antifranquista y el aumento de la contestación organizada en el campo. Además, la falta de políticas públicas para con el medio rural facilitó la organización de los vecinos y coadyuvó a la extensión de redes de solidaridad sobre las que se lanzarían campañas de reivindicación de infraestructuras básicas, especialmente colegios y centros sanitarios; conectando las reivindicaciones del medio rural con las de las grandes urbes y, al fin y al cabo, con las del grueso del país<sup>4</sup>.

### ***La Marxa de la Llibertat* y sus desafíos para el régimen**

*La Marxa de la Llibertat* fue una iniciativa popular que aspiraba a ser la mayor y territorialmente más extendida convocatoria de masas en la Cataluña de los setenta. Para los jóvenes cristianos agrupados principalmente en Pax Christi y Justícia i Pau, aquella significaba el inicio de la vía catalana a la liberación nacional, política y social de los Países Catalanes. Su incapacidad para extender un movimiento por la libertad nacional

y por la amnistía más allá de los círculos barceloneses agrupados alrededor de la figura entrañable y carismática del sacerdote Lluís M.<sup>a</sup> Xirinacs era, sin embargo, su mayor hándicap. En una reunión de militantes de Pax, un joven de Lleida sugirió en broma que, para suplir su falta de arraigo en el medio rural, podrían “fer una marxa per tot Catalunya”. La idea, considerada como la broma que originariamente era, fue tomada cada vez más en serio y se decidió que podría ser una buena iniciativa movilizadora para difundir por todos los municipios catalanes los puntos programáticos de la *Assemblea de Catalunya*, con un especial hincapié al delicado punto de la autodeterminación<sup>5</sup>.

Sus impulsores eran gente y organizaciones conocidas y, más importante aún, sus fines máximos eran compartidos por las instancias unitarias antifranquistas. Pax era una organización cristiana destinada a conseguir la paz entre éstos. Según el régimen franquista “sus fines no pueden ser más ortodoxos y laudables”, aunque “la falta de criterio ha desvirtuado esa pureza inicial” y “políticamente sus acciones han sido más deplorables”. Entre ellas, este informe del Gabinete de Enlace destacaba la presión a favor del indulto de Julián Grimau, el comunista “condenado por múltiples delitos de sangre durante la guerra de Liberación y que generó [...] una campaña [...] de protesta y ataques al Régimen, uniéndose así a la campaña internacional de propaganda contra España, organizada y distribuida por el Comunismo”; por lo que concluía afirmando que las actividades de Pax eran una “ofensiva política contra el Régimen”<sup>6</sup>, aunque ésta siempre se movió en la legalidad.

No eran más amables los informes policiales sobre el sacerdote Xirinacs. Recluido en Carabanchel tras su detención en una reunión de la *Assemblea de Catalunya*, inició una huelga de hambre durante cuarenta y dos días. En muestra de apoyo, Pax Christi le concedió el premio “Memorial Juan XXIII” en reconocimiento de su labor por la paz<sup>7</sup>. En un “pequeño currículum vitae” de Xirinacs elaborado por la policía política se destacaba su filiación “marxista-leninista”, afirmando que “fue enviado al seminario [para] que se ordenara y desde el seno de la Iglesia constituir un «caballo de Troya» contra la misma”. Fue sancionado en 1966 al ser detenido en la *caputxinada* “en unión con intelectuales catalanes de extrema izquierda y separatistas”. Multado y encarcelado en Carabanchel tras negarse a abonar las 200 000 pesetas impuestas por su detención en la *Assemblea* de Santa María Medianera en 1973, al año siguiente Xirinacs sería juzgado por el TOP “por propaganda subversiva”. Añadía el informe con cierto estupefacción que en ese juicio se “negó a contestar en castellano, pretendiendo hacerlo en catalán”, tras lo que se le condenó a seis meses de presidio y

una multa de 100 000 pesetas<sup>8</sup>. Como puede apreciarse, los grupos del clero contaban con un interés particular para el régimen; de los que se calculaba que una media del 10% eran disidentes, según un informe de marzo de 1973<sup>9</sup>. Y no era para menos, si tenemos en cuenta qué había ocurrido con el movimiento universitario pocos años antes.

La labor de concienciación de las bases era el mayor peligro aducido a los grupos cristianos por el régimen. Las campañas de Pax “pueden considerarse normales y sin repercusión de alguna consideración a corto plazo”. Sin embargo, la policía advertía que aquéllas afectaban a “la mentalización que [...] operan sobre los jóvenes participantes en ellas, en relación con temas como los derechos humanos o las minorías étnicas, que les sitúa en disposición de participar más tarde en las maniobras que otras organizaciones más radicales montan en «reivindicación» de aquéllos, principalmente en Cataluña donde casi exclusivamente cuenta «Pax Christi» con alguna militancia activa”<sup>10</sup>. De hecho, entre los objetivos de la *Marxa de la Llibertat* impulsada por Pax y de la que Xirinacs era su cara más visible, estaban el de celebrar “un «parlamento por la libertad», en el que se recogerá, en un manifiesto, los problemas y las reivindicaciones de los habitantes de la villa”<sup>11</sup>. Era un esfuerzo por movilizar políticamente a sectores que hasta entonces les había sido muy difícil participar en protestas abiertas.

Para Xirinacs, la vanguardia obrera, estudiantil, campesina, la de barrios, partidos, municipios y comarcas se habían alzado ya en pro de la emancipación: “es el pueblo oprimido, quien, desde un extremo al otro de la península, clama al unísono sin desfallecimiento: ¡amnistía y libertad!”. Aunque consideraba necesario “que la masa entera del pueblo entre en fermentación e inicie su ascenso imparable”. Era, pues, imprescindible tejer la totalidad del territorio catalán con “asambleas democráticas [que] [...] serán la concreción y la vertebración real de la libertad de la masa entera del pueblo”. Según su entender, la *Marxa* debía “construir la alternativa democrática, humana y no-violenta a un feroz estilo político, basado en el terror policíaco y en la represión a muerte del oponente”<sup>12</sup>. Desde una perspectiva menos ideologizada que la del padre Xirinacs, la asamblea de Pax celebrada en mayo de 1976 en la abadía de Montserrat, entendía que:

“La «Marxa» es un proyecto de movilización popular a lo largo de todo el verano, con cuatro itinerarios que partirán de otros tantos lugares de la geografía catalana para fusionarse al final. Pretende sensibilizar a los ciudadanos en favor de los derechos

humanos, la amnistía y, en definitiva, la democracia, con particular insistencia sobre el programa de la *Assemblea de Catalunya*”<sup>13</sup>.

Pese a su retórica “democratizante”, la posición del gobierno Arias estaba elocuentemente alejada de los organismos unitarios de la oposición. En la sesión de ministros celebrada el 28 de enero, el presidente del primer gobierno de la monarquía espetó: “democracia sí”, pero “¿para quién y para qué?” A aquellos “que usan la violencia terrorista para promover su causa” y a “los que promueven la disolución social en todas las formas del anarquismo”, se les negaría. Y no sólo eso, sino que además Arias también excluía de su democracia a “los que atentan a la sagrada unidad de la patria, en una u otra forma de separatismo”, por lo que no podían “esperar que se les deje usar de las mismas libertades que ellos desean destruir para siempre”, equiparando, nuevamente, a gran parte del antifranquismo con la praxis terrorista<sup>14</sup>. Junto a la amnistía, la democracia y la autonomía, la *Marxa* puso en primer plano la demanda de la autodeterminación nacional, hecho que rápidamente la ubicó a ojos del franquismo entre sus fantasmas “rojo-separatistas”, puesto que “el atentado que la misma supone contra la Unidad nacional y contra el orden pacífico, al albergar en su seno elementos cuya única obsesión es la subversión” la hacía inadmisible para el régimen<sup>15</sup>.

En una carta dirigida a Pablo VI en 1972, Franco decía lamentar las “intrigas separatistas de determinados grupos del clero”<sup>16</sup>. Y es que, de hecho, la *Marxa* la impulsaron grupos cristianos, que de manera independiente haciendo suyos los puntos de la *Assemblea de Catalunya* y que, poco a poco, fue contando con el apoyo de quienes se adherían a sus postulados: más de doscientas organizaciones políticas, sindicales, culturales y vecinales. El PSAN-Provisional, uno de los firmantes de la *Charte de Brest*, fue quizá de los que vieron la *Marxa* con más optimismo secesionista. El pequeño partido de la izquierda independentista, incluso, enardeció a la participación en la misma en las regiones catalanas del sur de Francia mediante cartas en francés<sup>17</sup>.

Los debates alrededor de la nueva ley asociativa se saldaron con una fisura irreconciliable entre el personal político franquista. Si bien se logró su aprobación, la debilidad del ejecutivo ocasionó que se mantuvieran tipificaciones específicas que garantizaran la ilegalidad del grueso del antifranquismo, especialmente los comunistas y las formaciones a su izquierda. Asimismo, se especificaba la ilegalidad de aquellas “que tengan por objeto [...] el ataque por cualquier medio a la soberanía, a la unidad o independencia de la Patria, a la integridad de su territorio o a la seguridad nacional”<sup>18</sup>.

Pese que ejercer la libertad de expresión y protestar políticamente foralmente dejaron de estar tipificadas como “terrorismo”, la policía no cesó en su persecución<sup>19</sup>.

“Contradictorio” es un buen término para describir la actitud del gobierno Arias durante primavera-verano de 1976. La permanente contradicción entre inmovilismo y reforma, entre prohibición y tolerancia, entre franquismo y algo distinto sin saber definir exactamente qué. La incapacidad para definir dónde estaba el límite entre lo ilegal y lo alegal ocasionó que a menudo se diesen situaciones aparentemente paradójales como la celebración permitida del congreso de la UGT en abril y la prohibición de conmemorar el primero de mayo, mientras sí se celebraba en Madrid el Eurofórum entre empresarios y sindicalistas antifranquistas. Entre la tolerancia tutelada y la represión más desencarnada, la estrecha vigilancia de todo acto de la oposición fue el común denominador de las actuaciones gubernativas. La documentación disponible nos permite dibujar el perfil de un gobierno a la defensiva que temía cualquier espacio que no estuviese bajo su absoluto control. Aun asumiendo ese objetivo como imposible, el régimen mostró su preocupación por gestionar cualquier actuación que pudiese descarrilar el tren de la reforma del régimen: “evitar toda idea de ruptura o simplemente de carácter constituyente general”<sup>20</sup>.

Según sus propios organizadores, la *Marxa* perseguía “despertar la consciència nacional, en camí d’una societat sense classes”<sup>21</sup> cuyos métodos “de desobediencia y resistencia a la Autoridad, amén del carácter sedicioso de la misma”<sup>22</sup> la hacían inadmisibles para el régimen. Informes policiales admitían que su “programación inicial tiene un elevado grado de perfección, y salvo que se le oponga una compleja acción gubernamental, sus posibilidades de éxito previsiblemente son grandes”. Según este informe, aquellas previsiones se debían a la definición de unos “Objetivos atractivos”, el “aparente pacifismo cristiano de sus promotores”, la “época elegida para su desarrollo”, así como la “sensibilidad de los «blancos» elegidos”, entre los que destacaba principalmente la “población rural y la juventud”. El informe concluía que sus “efectos inmediatos son imprevisibles inicialmente”, destacando la “radicalización de las posiciones autonomistas en Cataluña”, el “perfeccionamiento de una técnica separatista de aplicación posterior en otras regiones conflictivas” y, según decía, la “separación irreversible entre pueblo y Gobierno”<sup>23</sup>.

Aquellas “posibilidades de éxito” llevaron a que la policía política vigilara de cerca de los organizadores de la *Marxa*, como muestra este informe que ha llegado a nuestras manos de manera excepcional:

“Ya desde el mes de marzo del corriente [1976] se tenían noticias de su vinculación a la organización y desarrollo de la *Marxa* de la Llibertat, suponiéndosele el principal responsable de la misma para las comarcas de Tortosa y Montsià; sin embargo, y a pesar de habérsele sometido a distintas vigilancias, tanto por parte de la Guardia Civil de Ulldecona como por funcionarios de esta Comisaría [de Tortosa], no se le pudo sorprender in fraganti en ninguna de las acciones de propaganda de las que se sabía, con certeza estaba involucrado. Hasta cierto punto este resultado era natural, puesto que se valía de una red de colaboradores que sabía manejar eficazmente”<sup>24</sup>.

Pese a la presencia cuasi asfixiante de los cuerpos policiales en las poblaciones rurales, los activistas siguieron preparando la *Marxa*, valiéndose de la multitud de organizaciones culturales legales que le daban apoyo para difundir la información, los panfletos de propaganda y preparar de la llegada de las columnas de *marxaires*<sup>25</sup>.

El ciclo de movilización popular vivido durante la primera mitad de 1976 forzó al rey Juan Carlos a hacer dimitir a Arias Navarro como presidente del gobierno, puesto que la corona estaba en riesgo: si “el franquismo es irreformable [...] entonces la revolución es inevitable y el enfrentamiento civil frontal y violento no hay quien lo pare. La reforma se hace para salir al paso de esa insensata solución”<sup>26</sup>. El 3 de julio Adolfo Suárez fue nombrado presidente del gobierno. Un día después estaba previsto el inicio de la *Marxa*. La declaración de intenciones del ejecutivo Suárez de “establecer un juego político abierto a todos” cuya “meta última” fuera “que los gobiernos del futuro sean el resultado de la libre voluntad de la mayoría” no hizo titubear al antifranquismo, aunque, probablemente sí determinó una parte de la predisposición para la movilización de ciertos sectores hasta entonces pasivos<sup>27</sup>. Entre los organizadores de la *Marxa*, como entre el grueso del antifranquismo, la situación política que ellos habían forzado hacía pensar que era posible ganar el pulso mantenido con el régimen.

Si bien Suárez solicitó “la colaboración de todas las fuerzas sociales del país” para llevar a cabo la reforma *del* régimen, la vaguedad de sus propuestas concretas, el continuismo en la violencia y la negación de las garantías democráticas básicas llevó a la *Asamblea* a lanzar el *Manifest per la Ruptura* en el que entendían que “las libertades no serán otorgadas sino que tenemos que conquistarlas mediante la movilización unitaria”, al tiempo que advertían contra “los esfuerzos reformistas por fraccionar la unidad a través de posibles negociaciones excluyentes”. Aunque se admitiera que la superación del franquismo sólo sería posible a través de un “necesario proceso de



negociación” era el término “negociación unitaria” el que marcaba la diferencia<sup>28</sup>. El axioma “unidad” era más necesario que nunca para los sectores rupturistas, puesto que miembros del gobierno y de la oposición —pero no la oposición en su conjunto— venían manteniendo encuentros informales. El tan discutido punto de la autonomía “com a via per arribar al ple exercici del dret d'autodeterminació”, que grupos minoritarios de la *Assemblea* marcaron con fuerza en la *Marxa*, posiblemente explica la tibieza con la que fue recibida por el antifranquismo y el odio furibundo con la que el un régimen a la defensiva la combatió.

## **El franquismo en la encrucijada**

### **El talón de Aquiles: la amnistía**

A diferencia del resto de países europeos, el Nuevo Estado no concedió ningún tipo de amnistía política a los vencidos en la guerra. La amnistía era entendida por Franco como un “fruto podrido del liberalismo”, y para el antifranquismo, por eso mismo, se convertiría en una de sus principales piedras angulares para quebrar *de facto* el aparato institucional de la dictadura. Aunque su reivindicación venía de lejos, en diciembre de 1975 se presentó en Montserrat un manifiesto impulsado por el activista obrero Marcelino Camacho y el sacerdote Xirinacs en el que se exigía la amnistía, las libertades y el “salto a una verdadera democracia”<sup>29</sup>. La población aún no organizada políticamente no se había mantenido al margen de la problemática sobre la amnistía, sino que ésta imbricó el debate público del momento, llegó a cubrirlo todo:

“Aparecen en las revistas chistes gráficos que contienen llamamientos a la amnistía. Comienzan a colocarse en los escaparates de establecimientos comerciales *posters* alusivos a la amnistía. Colegios Profesionales y entidades culturales o de otro orden hacen también llamamientos. Se celebran manifestaciones populares, se llenan pliegos de firmas, etc. En una última fase, Ayuntamientos y Diputaciones Provinciales elevan acuerdos pidiendo la concesión de la amnistía. Los ministros hacen también declaraciones sobre la amnistía, si bien es verdad que éstas resultan contradictorias, al menos en algunos casos”<sup>30</sup>.

Tal era la centralidad que ocupaba su reivindicación que cuando se readmitió a toda la plantilla de la siderúrgica Laforsa en Cornellà de Llobregat (Barcelona) en enero

de 1976, tras ciento cinco días de huelga, celebraron un particular partido de fútbol junto a los trabajadores de Siemens disputándose el “trofeo proamnistía”<sup>31</sup>. En un comunicado de la agencia Reuters conservado por el Gabinete de Enlace se decía que el “tema de la amnistía ha sido en meses recientes una petición exigida en manifestaciones por toda España”<sup>32</sup>. El reconocimiento de la amnistía significaba no sólo el fin de la violencia, la liberación de los presos políticos y la posibilidad del retorno de aquellos que se exiliaron tras la guerra, “sino también el reconocimiento del carácter ilegítimo de la legalidad franquista, lo que obligaba a su inmediata derogación”<sup>33</sup>. Hay quien afirma que la amnistía concentraba en sí misma la reivindicación de una España democrática en oposición frontal al franquismo, ya que, implícitamente, comportaba la denuncia de las prácticas dictatoriales del régimen<sup>34</sup>.

Ese fue el contexto en el que nació la *Marxa de la Llibertat*. En el encuentro de Montserrat, se defendió “apoyar todas las medidas no violentas que se tomen para la liquidación total y definitiva de las consecuencias de la guerra civil española”. La policía admitía “que nunca la oposición al régimen hizo un alarde de fuerza como el desplegado” en las multitudinarias manifestaciones pro amnistía de Barcelona del 1 y el 8 de febrero<sup>35</sup>. A todas luces, la reivindicación de amnistía fue el eje vertebrador fundamental de la oposición y se constituyó en el principal motor de las movilizaciones populares de los últimos años de la dictadura; y quizá podríamos afirmar que su demanda también transmutó la realidad social de aquellos que vivieron su reivindicación:

“Un alumno de Lidia, durante la clase soplabla una bola de papel de plata que le había dado la forma de una especie de pájaro que habían bautizado con el nombre de Pipo. Lida se lo ha quitado diciéndole que se lo devolvería al terminar la clase [...]. Mientras tanto, [el niño] había construido con un trozo de papel y dos bolígrafos una pancarta con la inscripción «amnistía para Pipo»”<sup>36</sup>.

La amnistía era entendida como elemental para dejar atrás el franquismo, independientemente del régimen que se deseara construir después. La anécdota de Pipo da muestra de la reproducción que el alumno de Lidia hacía de las conductas de protesta extendidas por doquier. Toda reivindicación específica en 1976 comprendía la amnistía entre sus puntos, ya fuese demandando la excarcelación de mujeres condenadas “por conducta peligros”, o bien reivindicando las libertades democráticas desde grupos de la

izquierda y del centro-derecha de la oposición<sup>37</sup>. Así pues, la demanda de amnistía no atendía solamente a partidos políticos, sino que involucró a la sociedad civil reconstituida a lo largo de las luchas antifranquistas de la década anterior y que se amplió y consolidó en la década de los setenta; en parte mediante la propia demanda de amnistía, aunque su origen estaba en las protestas sociales por mejorar las condiciones de vida de la mayoría. Además, las luchas no violentas como las protagonizadas por el archiconocido Xirinacs animaron a muchos jóvenes a incorporarse a grupos que tuvieron implicación en campañas pro amnistía de presos políticos, contra la tortura y la pena de muerte.

Del 5 al 12 de julio Coordinación Democrática convocó a la sociedad a celebrar la semana por la amnistía, marco de movilización general en el que se inició la *Marxa de la Llibertat* en Cataluña. Como en otras ocasiones, la prohibición o no de las manifestaciones dependía de la lectura que hiciera el gobernador provincial; mientras en Lleida la manifestación del 11 de julio fue autorizada, la DGS instó a Sánchez-Terán a prohibir la planificada en Barcelona<sup>38</sup>. Para la *Assemblea*, aquella fue “la movilización ciudadana más importante de estos años” a pesar de las violencia policial, no sólo en las grandes ciudades, sino también en las pequeñas poblaciones rurales como en Valls (Tarragona)<sup>39</sup>. Si bien la lógica de la amnistía significaba la quiebra del franquismo, fue, sin embargo, el ciclo de movilización, el desafío al orden público ocupando los espacios públicos y el cambio en la correlación de fuerzas lo que acabó haciéndola posible.

### **La espada de Damocles: el orden público**

Los franquistas más perspicaces comprendían que era imprescindible “actualizar” el sistema para ellos “constitucional” mediante la “reforma” *de y en* las Leyes Fundamentales, con el fin de superar la crisis política del régimen<sup>40</sup>. El calendario previsto para esa reforma destinada a ampliar las bases sociales del franquismo debía iniciarse el 15 de mayo de 1976 con la aprobación de una ley de reforma política y terminar a primeros de 1977 con elecciones municipales, provinciales y a Cortes; quedando el proceso desbordado por el pulso de la oposición a Arias.

Para el éxito (o fracaso) del programa reformista del gobierno Arias era imprescindible “que los trabajadores permaneciesen al margen, en punto muerto, prohibiéndose el uso de uno de los lugares donde más claramente podían expresarse: la manifestación en la calle”<sup>41</sup>. Basta hojear estudios sobre la conflictividad bajo el franquismo para ver que 1976 fue el año de mayor movilización obrera de la dictadura.

Las expectativas creadas tras la muerte de Franco, junto con el ciclo de movilizaciones iniciado en los años anteriores, disparó la participación y el número de huelgas registradas. El régimen dejó atrás la mayor permisividad mostrada anteriormente con los privilegios eclesiásticos y en enero de 1976 difundió instrucciones sobre cómo actuar ante ocupaciones de locales públicos o iglesias. Legislación de reciente aprobación permitía registros domiciliarios y acceso a lugares cerrados sin necesidad de mandato judicial. Ello insta a pensar que los sucesos del 3 de marzo en Vitoria no fueron producto de la improvisación sino de la lógica política y represiva fijada por Gobernación para evitar el desbordamiento de la reforma<sup>42</sup>.

En vísperas del primero de mayo de 1976, según se jactaba Fraga en sus memorias, se cerraba “una primera etapa”, debido a que el “orden público ya estaba dominado; los proyectos más urgentes estaban redactados y lanzados”, por lo que afirma haber dicho a sus “íntimos que había llegado la hora de quitarme el tricornio y los manguitos, para intentar desde aquellas bases rematar la jugada política”<sup>43</sup>. El 22 de mayo Fraga hacía pública por radio, prensa y televisión la prohibición de la *Marxa* aduciendo que “Gobernación, al no autorizar tal convocatoria, quiere hacer patente que mantendrá por todos los medios legales el orden público en la región catalana y desautoriza desde ahora todo tipo de propaganda o publicidad sobre dicha convocatoria, advirtiéndole que impedirá de una manera eficaz cualquier intento que se produjera pese su cancelación”<sup>44</sup>. Pocos días después los gobiernos civiles emitían un comunicado advirtiéndole que se tomarían “las medidas procedentes, utilizando todos los medios legales a su alcance, a fin de evitar se inicie y lleve a cabo la marcha”<sup>45</sup>.

Aquella era una decisión acertada para el Gobernador Civil de Barcelona, ya que había recomendado a Fraga su desautorización “fundamentalmente por razones políticas —petición de autodeterminación—, pero también de orden público, de implicaciones con el país vecino y de incidencia turístico-económica, ya que se anunciaban grandes movimientos de masas por las carreteras”<sup>46</sup>. Y no resulta extraño que así fuera, puesto que a las alturas de 1976 “se estaba dirimiendo precisamente quien ocupaba el espacio físico y simbólico de la calle, pues estaba en juego saber quién tenía la sociedad detrás, si la oposición o el régimen”<sup>47</sup>. La movilización era la única forma de participar ante la falta de democracia. Sin embargo, el cambio de gobierno sorprendió a todos. Mayoritariamente se consideró el nombramiento de Suárez como un error si se quería era avanzar hacia la democracia. El PSUC creía que Suárez no podía enfrentarse al “búnker” por sí sólo ya que su talante “movimentista” le impediría llegar a ser un

interlocutor válido para lograr la “ruptura-pactada” que las instancias unitarias demandaban a esas alturas<sup>48</sup>.

En el simbólico doscientos aniversario de la proclamación de independencia de los EEUU, los *marxaires* iniciaron su particular ruta hacia la libertad, pese a la prohibición gubernamental; aunque fuese la prohibición del gobierno anterior. Ese “vacío” hizo que algunos considerasen que la *Marxa* era *de facto* legal. Uno de los sancionados expuso en su alegación ante el Gobierno Civil provincial que su imputación como miembro de la “organización y propaganda de la *marxa* de la llibertat”, consideradas “actividades [...] ilegales” por el gobierno, no tenían razón de ser, puesto que, si bien Fraga había prohibido la *Marxa*, ésta quedó *de facto* autorizada “implícitamente [...] por las propias palabras pronunciadas por el Excmo. Sr. Presidente del Gobierno [Suárez] en su mensaje del pasado día 6 [de julio], al declarar que es su deseo que el orden público y la libertad convivan en el mismo campo”. Aduciendo, además, que “evidentemente la *marxa* de la llibertat es una prueba tangible de convivencia social [...], como lo demuestran los propios hechos y acontecimientos hasta la fecha acaecidos, dado su pacífico y popular desarrollo”<sup>49</sup>. El Gobierno Civil ratificó, pese a todo, su sanción y le recriminó severamente por carta.

### **La incomprensible represión de la no violencia y sus consecuencias sociales**

“Fraga, no te mataremos, no te reduciremos a trabajos forzosos, no te privaremos de la libertad, no te haremos el pacto del hambre... no temas. Eso nos lo han hecho durante cuarenta años. Ahora nosotros damos fe pública de renunciar a todo tipo de revanchismo. ¿Qué más quieres? Por caminos y villas habíamos decidido ir ofreciendo la reconciliación honesta a todos los pequeños Fragas, los pequeños Arias, los caciques y capataces”<sup>50</sup>.

La violencia del Estado hacia la *Marxa* empezó al poco de iniciarse. Portar su camiseta se convirtió en todo un símbolo de rebeldía puesto que la fuerza pública tenía orden de sancionar a todo aquel que vistiese “sendas camisetas con inscripciones referentes a la «*Marxa* de la Llibertat»”<sup>51</sup>. Antes de su llegada, se habían generado muchas impresiones sesgadas sobre los *marxaires*. Se decía que “Eran una panda de ladrones, entraban en las tiendas y en los bares y no pagaban, provocaban desórdenes”; quedando, sin embargo, desmentido por los hechos de los jóvenes activistas en las

poblaciones<sup>52</sup>; “[...] gran parte de la multitud levantó los puños y gritó en catalán que eran comunistas”, se leía, sin embargo, en difamaciones a través de los medios<sup>53</sup>. En cualquier caso, la prensa dio una sobrada cobertura de la represión hacia la *Marxa*, tal como pidieron sus organizadores<sup>54</sup>. En el cuadro que sigue pueden contarse las detenciones e ingresos en prisión de los dos primeros días de la *Marxa* dividido en municipios; cifras que hablan por sí mismas.

**Tabla 1: Represión sobre *Marxa de la Llibertat* el 3 y 4 de julio de 1976**

Municipio	Comarca y provincia	Detenciones	Ingresos en prisión
La Escala	Alt Empordà (Girona)	27	24
Oliana	Alt Urgell (Lleida)	26	12
Esterri de Aneu	Pallars Sobirà (Lleida)	20	20
La Sènia	Montsià (Tarragona)	30	30
Girona	Gironés (Girona)	30	30
Guardamar del Segura	Vega Baixa del Segura (Alacant)	7	7
Vilanova i la Geltrú	Garraf (Barcelona)	10	0
<b>TOTAL</b>		<b>150</b>	<b>123</b>

**Fuente:** Elaboración propia a partir de datos de Àngel COLOM y Jordi ROSÉS: *40.000...*, p. 38

Doscientas detenciones, según calculaba de *El País* para los tres primeros días, mostraban un grado de nerviosismo considerable<sup>55</sup>. El “búnker” se ensañó particularmente con la *Marxa* mediante la amenaza, la coacción y la agresión física; además, falsificó documentos firmando como “Comité Nacional de Catalunya del Partido del Trabajo” en el que se exigía a empresarios gerundenses el pago de cuantiosas cantidades económicas para sufragar la *Marxa*. Además, denunciaba “la total impunidad con que obran [los *marxaires*], la ingenuidad de muchos buenos catalanes desconocedores de los verdaderos propósitos de agitación social”. Decían que de “lograr sus propósitos los organizadores, Cataluña quedaría herida en su esencia: Nuestros hijos desarraigados de la familia, nuestras costumbres y fiestas politizadas y prostituidas”<sup>56</sup>. Además, en Lleida Blas Piñar advirtió desde la tribuna a los ultrafranquistas de que no se dejasen engañar “por esas manifestaciones y por el eco en los medios de comunicación social entregados a los enemigos del 18 de Julio, ni por esas consignas de amnistía, libertad y autonomía”, y acabó convocando una movilización en sentido opuesto denominada “Marcha de la Unidad”<sup>57</sup>.

Lo cierto es que la *Marxa* coadyuvó a esparcir por toda Cataluña —y especialmente por la rural— los tres puntos de la *Assemblea*: en una plaza de Cambrils (Tarragona) fueron detenidas ocho personas porque “aparecía una bandera catalana con la inscripción «amnistía, libertad y autonomía»”<sup>58</sup>. En muchas localidades la *Marxa* sirvió para estructurar secretariados del *Congrés de Cultura Catalana* y ampliar la propia *Assemblea*. Aunque eso ocurriría después de la represión y no antes. Las detenciones en la Escala y la propia Girona empezaron previo inicio estrictamente de la *Marxa*. Matando el tiempo hasta las siete que ésta debía empezar, muchos *marxaires* se encontraban calmando la sed en los múltiples bares de la localidad costera mientras los “verdes” realizaba pequeñas incursiones en las terrazas abarrotadas de activistas o curiosos que estallaban en “un grito general de silbidos y protestas” cada vez que “la Guardia Civil se acerca a una mesa para llevarse a una persona”<sup>59</sup>. A su paso por Manresa (Barcelona), la columna “Lluís Companys” fue rodeada por la policía armada. Más de quinientas personas que formaban la *Marxa* se pusieron en fila de a uno y esperaron más de cinco minutos en absoluto silencio. Finalmente, la policía cargó. La revista *Canigó* relató así los hechos:

“La irrupción de las fuerzas de orden público fue impresionante. La policía, con la porra en la mano, pegaba a diestro y siniestro. Algunas mesas y sillas, donde estaban sentados algunos manresanos mientras tomaban un refresco, cayeron al suelo. Quienes, como cada día, tomaban el fresco, también fueron apalizados. Los golpes fueron secos y contundentes, a todo el mundo le tocó recibir. Sin distinción de sexo ni edad. Poca gente se libró de un golpe de porra en la espalda, en las piernas o en la cabeza”<sup>60</sup>.

En la pequeña población vallesana-occidental de Castellbisbal (Barcelona), un breve manifiesto recogía un sentido compartido, el de la incomprensión de la no-violencia: “No comprendemos como una *Marxa* tan pacífica, se encuentra con una oposición tan fuerte”. Y seguía con una pieza clave que denota la crisis de hegemonía del régimen, ya que, según su parecer el resultado fue el de la toma de conciencia, el de “la sensibilización del pueblo ante unos hechos que ignoraría, si no actuase tan injustamente el fuerte contra el débil”<sup>61</sup>. Se trataba de ese momento en que la “clase dominante ha perdido el consentimiento, o sea, ya no es «dirigente», sino sólo «dominante», detentadora de la mera fuerza coactiva”<sup>62</sup>. La prensa se hacía eco de “nuestra repulsa por las situaciones de violencia e intranquilidad creadas por la

represión indiscriminada contra los actos de la *Marxa de la Llibertat* por Cataluña”, mandada por grupos escoltas y guías<sup>63</sup>. Tal fue el impacto de la represión que no dejó indiferente a la propia policía. En Sant Boi de Llobregat (Barcelona) un agente de la benemérita parecía compartir los fines democráticos de los activistas: “Si fuerais más, yo también me apuntaría a la Marxa”, les dijo<sup>64</sup>. Pero, si ese era el efecto en la policía, “la solidaridad popular con que fueron recibidos los marchistas en los pueblos y ciudades de Cataluña, pese al clima de terror creado en muchos de ellos”, fue lo mejor que dejó la *Marxa* tras de sí<sup>65</sup>. Si bien las condiciones de los detenidos “eran inhumanas en aquellos sótanos infectos: ratas, hedor y treinta personas hacinadas en tres celdas individuales. El humor, sin embargo, no decrecía. Los más animados ayudaban a los más tristes y todos justos entonábamos nuestros cantos a pesar de los gritos y las amenazas de los policías de vigilancia”<sup>66</sup>.

Podríamos seguir con infinidad de ejemplos sobre testimonios de la *Marxa* que se encuentran recogidos en diversas publicaciones del momento, en la prensa o en las fuentes ministeriales. Sin embargo, lo que consideramos más interesante de la *Marxa* fue el éxito movilizador que supuso: gente de todas las edades, de todo tipo de tendencia política y origen social; especialmente, gente de pueblo, gente sencilla, sin pretensiones, que curiosamente, frente a la represión violenta con la que lindaron, asumieron plenamente una actitud no violenta, pese a no contar con conocimientos teóricos y que, ante cada nueva detención, “prorrumpieron en gritos y silbidos”<sup>67</sup>. Pese al sufrimiento, la sensación que se estaba, no sólo luchando, sino acabando con el franquismo era una situación que auguraba una vida nueva:

“Tengo una hija jovencita que ha estado un tiempo en la Marxa y ha sido apalizada, arrastrada y encarcelada. Yo, al tiempo que sufría mucho, sentía una íntima alegría de que ella pudiese hacer lo que yo habría hecho y que no pude hacer nunca.

Marcharon los de la Marxa, pero en Planoles quedó el sabor a libertad, y gracias a sus componentes descubrimos que todos —excepto uno o dos— pensábamos y sentíamos igual. Quizás para todos no significó lo mismo: para mí, aquel día, a causa de la complicidad y entendimiento que se produjo, fue una portalada de acceso al conocimiento y al querer de todo un pueblo”<sup>68</sup>.

Finalmente, la *Marxa* acababa con apenas cuatrocientas personas congregadas en el monasterio de Poblet; no hace falta adivinar que eran muchas menos de las que los



organizadores habían previsto que fueran. Tras los exhaustos *marxaires* quedaban tres mil quinientos kilómetros de caminos andados en sesenta y ocho días a través de más de trescientos pueblos; seis millones de pesetas en multas, ninguna de ellas finalmente pagadas, y cerca de cuarenta mil horas perdidas en encarcelamientos. Sin embargo, pese a todo el esfuerzo y la represión padecida, había un pensamiento que, por absurdo, inundaba a todos los participantes: “¡nos han prohibido caminar!”<sup>69</sup>.

### **Breve balance de una crisis orgánica: el génesis del cambio político**

Qué duda cabe de que la violencia descomunal que el gobierno de Suárez ejerció sobre los pacíficos activistas no distó en mucho a la de su predecesor. Las arbitrariedades en las detenciones fueron denunciadas sin éxito alguno y la participación de caras conocidas de la oposición hacía que las agresiones y sanciones encontraran un enorme eco mediático siendo “noticia casi permanente durante el verano”<sup>70</sup>. Y, aunque Sánchez-Terán afirmara que la posición del gobierno no varió ni un ápice, lo cierto es que la “media-amnistía” de finales de julio, que dejó “amnistiada a todos los efectos” las sanciones económicas impuestas a los participantes en la *Marxa*<sup>71</sup>, nos indica un cambio en la correlación de fuerzas a favor, de nuevo, del antifranquismo. Aunque la represión siguió hasta el final de la *Marxa*, mostrando que dicha amnistía, en realidad, no era tal puesto que no eliminaba el delito ya que siguió habiendo represión sobre los *marxaires* hasta su llegada a Poblet el 12 de septiembre, sí nos indica el inicio de un cambio político de mayor calado que el previsto hasta el momento.

El gobierno, condicionado por el temor que los inmovilistas bloquearan nuevas reformas, decidió concentrar todas las modificaciones de las Leyes Fundamentales en una sola ley *para* la reforma y que aquella fuera debatida por el Consejo Nacional del Movimiento. Ésta y la movilización que no cesó, abrían una brecha que permitió un cambio *de* régimen. No cabe duda que la violencia sustentante de la dictadura en 1976 no permitió la supervivencia del franquismo sin Franco, aunque permaneció como una cruel metáfora de lo que fue toda la dictadura. Por el contrario, ésta coadyuvó a desgastar definitivamente los restos de apoyos sociales al franquismo —aunque fuese por desmovilización— en la Cataluña rural y a desplazarlos decisivamente hacia posicionamientos políticos que aspiraban a superar el régimen. La violencia, de nuevo, se tornaba en factor de metabolización de nuevas actitudes sociales hacia la dictadura, siendo una de las causas y efectos de su desaparición.

---

<sup>1</sup>Arias Navarro en la primera sesión de la Comisión Mixta entre Gobierno y el Consejo Nacional del Movimiento, 11 de febrero de 1976. Cit. en José María DE AREILZA: *Diario de un Ministro de la Monarquía*, Barcelona, Planeta, 1977, p. 84.

<sup>2</sup>Arias Navarro en declaraciones a TVE, 28 de abril de 1976. Cit. en Ferran GALLEGO: *El mito de la Transición*, Barcelona, Crítica, 2008, p. 390.

<sup>3</sup>Carme MOLINERO y Pere YSÀS: *La anatomía del franquismo*, Barcelona, Crítica, 2008, p. 190.

<sup>4</sup>He tratado el tema en Cristian FERRER: “Popular empowerment, peasant struggles and political change: southern Catalonia under late Francoism (1968-1976)”, en *Workers of the World*, 5 (2014), pp. 39-57.

<sup>5</sup>John LEDERACH: *Els anomenats pacifistes*, Lleida, Pagès, 2011, p. 87 y Àngel COLOM y Jordi ROSÉS: *40.000 hores detinguts*, Barcelona, Pax, 1977, p. 266.

<sup>6</sup>Archivo General de la Administración (AGA), Cultura, «La actual marcha de “Pax Christi”, en Cataluña», 23 de julio de 1973, caja 42/09010, carpeta 14, pp. 1-2 y 4.

<sup>7</sup>AGA, Cultura, «Mosén Xirinachs, premio “Pax Christi”», *Diario de Barcelona*, s.f. [mayo de 1974], caja 42/09010, carpeta 14. Recorte del periódico fotocopiado.

<sup>8</sup>AGA, Cultura, Informe policial sobre Xirinachs, 27 de mayo de 1974, caja 42/09010, carpeta 14, pp. 1-2.

<sup>9</sup>Pere YSÀS: *Disidencia y subversión*, Barcelona, Crítica, 2004, pp. 184-190, informe en pp. 285-292.

<sup>10</sup>AGA, Cultura, «Convivencia de “Pax Christi”», 22 de mayo de 1974, caja 42/09010, carpeta 14.

<sup>11</sup>Soledad BALAGUER: “Miles de catalanes preparan la «Marxa de la Llibertat»”, en *El País*, 9 de mayo de 1976.

<sup>12</sup>Arxiu Nacional de Catalunya (ANC), Fondo PSUC, Lluís M.ª XIRINACS: «Crida al Poble Català per a la Marxa de la Llibertat», 23 de abril de 1976, caja 1182, pp. 1-2 [traducido del catalán, en adelante t.c.].

<sup>13</sup>Fundación Juan March-Archivo Juan Linz de la Transición Española (FJM-AJLTE), Fondo Iglesia, Enrique SOPENA y Margarita SÁENZ-DÍEZ: «Amnistía para vencedores y vencidos en España», en *Informaciones*, 10 de mayo de 1976, reg. 47473, p. 7.

<sup>14</sup>Discurso de Arias Navarro en las Cortes, 28 de enero de 1976, cit. en Carme MOLINERO y Pere YSÀS: *La anatomía...*, pp. 232-233.

<sup>15</sup>Archivo Particular del Autor (APA), Fondo J.A.B., «Sobre recurso de súplica de J.A.B.», 4 de agosto de 1976, sin catalogar.

<sup>16</sup>Cit. en Javier TUSELL y Genoveva G. QUEIPO DE LLANO: *Tiempo de incertidumbre*, Barcelona, Crítica, 2003, p. 6.

<sup>17</sup>ANC, Fondo PSUC, «Pourquoi la Marxa de la Llibertat?», 1976, caja 1182 e Íd., «Communique d’adhésion des organisations signatures de la charte de Brest a la “Marxa de la Llibertat” du peuple catalan», 25 de junio de 1976, caja 1424.

<sup>18</sup>Alfonso OSORIO: *Trayectoria política de un ministro de la Corona*, Barcelona, Planeta, 1980, pp. 84-85.

<sup>19</sup>Pau CASANELLAS: *Morir matando*, Madrid, Catarata, 2014, p. 228.

<sup>20</sup>Manuel FRAGA: “La reforma constitucional: Justificación y líneas generales”, 2 de enero de 1976, cit. en Javier TUSELL y Genoveva QUEIPO de LLANO: *Tiempo...*, p. 303.

<sup>21</sup>Ateneu Enciclopèdic Popular (AEP), «Carta del Secretariat de la Marxa de la Llibertat», *Pax: Revista de debat no-violent*, 22 (2.ª etapa), diciembre de 1976, caja 79.4-2, p. 10. Agradezco a Carlos G. Ordás el haberme facilitado la documentación del AEP.

<sup>22</sup>APA, Fondo J.A.B., *Sobre recurso...*

<sup>23</sup>Salvador SÁNCHEZ-TERÁN: *De Franco a la Generalitat*, Barcelona, Planeta, 1988, p. 148.

<sup>24</sup>APA, Fondo J.A.B., Informe de la DGS referente a las detenciones por la Marxa de la Llibertat, Tortosa (Tarragona), 8 de julio de 1976, sin catalogar; Cristian FERRER: *Lluitadors quotidians*, Lleida, UdL, 2014, pp. 97-103 e ÍD: “Ulldecona i el canvi polític. Dictadura, contrahegemonia i democràcia (1964-1983)”, en *Rails*, 30 (2014), pp. 7-53, especialmente pp. 23-33.

<sup>25</sup>APA, Fondo J.A.B., «Acta de declaración de J.A.B.», 8 de julio de 1976, sin catalogar. Entrevistas a J.A.B. (20 de julio de 2012), J.V.E. (26 de julio de 2012) y J.V.G (3 de julio de 2013), todos ellos participantes en la *Marxa de la Llibertat*, detenidos y sancionados por ello.

<sup>26</sup>José María DE AREILZA: *Diario...*, p. 199.

<sup>27</sup>Discurso de Suárez en TVE, 6 de julio de 1976, cit. en Carme MOLINERO y Pere YSÀS: *La anatomía...*, p. 250.

<sup>28</sup>Asamblea de Catalunya: *Manifest per la ruptura*, 13 de junio de 1976. Disponible en: <http://www.memoriadelfutur.org/pdfmp/f1248.pdf> [t.c.].

<sup>29</sup>Nicolás SARTORIUS y Alberto SABIO: *El final de la dictadura*, Madrid, Temas de hoy, 2007, p. 78.

<sup>30</sup>«La amnistía», *Triunfo*, 29 de mayo de 1976, p. 38.

<sup>31</sup>Nicolás SARTORIUS y Alberto SABIO: *El final...*, p. 87.

<sup>32</sup>AGA, Cultura, «Visión informativa de agencias extranjeras», 22 de julio de 1976, turno de 15-21h, p. 18, caja 42/9106, carpeta 12.

<sup>33</sup>Carme MOLINERO y Pere YSÀS: *La anatomía...*, p. 236.

<sup>34</sup>David BALLESTER y Manuel RISQUES: *Temps d'amnistia*, Barcelona, Ed. 62, 2001, p. 29.

<sup>35</sup>Cit. en David BALLESTER y Manuel RISQUES: *Temps...*, p. 69.

<sup>36</sup>Cit. en Xavier DOMÈNECH: *Cambio político y movimiento obrero bajo el franquismo*, Barcelona, Icaria, 2012, p. 200.

<sup>37</sup>AGA, Cultura, «La “Coordinadora de Grupos de Mujeres de Barcelona” pide la amnistía para todas las presas políticas», 16 de septiembre de 1976; Íd., «Reunión del Comité Ejecutivo del P.S.U.C.», 5 de agosto de 1976; e Íd., «El “Centre Català” reafirma su petición de amnistía total», 29 de julio de 1976; todos en la caja 42/9106, carpeta 12.

<sup>38</sup>David BALLESTER y Manuel RISQUES: *Temps...*, p. 131.

<sup>39</sup>Cit. en Carme MOLINERO y Pere YSÀS: *Els anys del PSUC*, Barcelona, L'Avenç, 2010, p. 205. [t.c.] y Andreu MAYAYO: *La ruptura catalana*, Barcelona, Afers, 2002, pp. 21-22.

<sup>40</sup>Miguel Ángel del RÍO: *De la extrema derecha neofranquista a la derecha conservadora*, tesis doctoral, UAB, 2013, pp. 298-304.

<sup>41</sup>Nicolás SARTORIUS y Alberto SABIO: *El final...*, p. 107.

<sup>42</sup>Pau CASANELLAS: *Morir...*, p. 230.

- 
- <sup>43</sup>Manuel FRAGA: *En busca del tiempo servido*, Barcelona, Planeta, 1987, p. 44.
- <sup>44</sup>Cit. en Salvador SÁNCHEZ-TERÁN: *De Franco...*, pp. 147.
- <sup>45</sup>Cit. en Cristian FERRER: *Lluitadors...*, p. 100.
- <sup>46</sup>Salvador SÁNCHEZ-TERÁN: *De Franco...*, p. 146.
- <sup>47</sup>Xavier DOMÈNECH: *Quan el carrer va deixar de ser seu*, Barcelona, Abadía de Montserrat, 2002, p. 247 [t.c.].
- <sup>48</sup>Carme MOLINERO y Pere YSÀS: *Els anys...*, pp. 203-209.
- <sup>49</sup>APA, Fondo J.A.B., Alegación al Gobierno Civil de Tarragona, 26 de julio de 1976, sin catalogar.
- <sup>50</sup>AEP, Fondo MOC, Lluís M.<sup>a</sup> XIRINACS: «La Marxa de la Llibertat després de la prohibició governativa», 23 de mayo de 1976, sin catalogar, caja 78, p. 2. [t.c.].
- <sup>51</sup>AGA, Cultura, «La Fuerza Pública impidió el comienzo de la prohibida “Marcha de la Libertad”», 5 de julio de 1976, caja 42/09112, carpeta 14; Íd., «Detención de cuatro manifestantes pro “Marxa de la Llibertat”», 16 de junio de 1976, caja 42/9106, carpeta 12. Entrevista a J.V.G. (3 de julio de 2013).
- <sup>52</sup>Àngel COLOM y Jordi ROSÉS: *40.000...*, p. 245. [t.c.].
- <sup>53</sup>AGA, Cultura, «Visión informativa de agencias extranjeras», 10 de septiembre de 1976, caja 42/9106, carpeta 3.
- <sup>54</sup>ANC, Associacions i Fundacions, «Convocatòria i manifest de la “Marxa de la Llibertat”», 12 de marzo de 1976, caja 499.
- <sup>55</sup>Alfonso QUINTA: “Frustrada la «Marxa de la Llibertat»”, en *El País*, 6 de julio de 1976.
- <sup>56</sup>“Servicios Técnicos de la Central de Acción por la Unidad de España”, parcialmente reproducido en: Centre Documental de la Comunicació (CEDOC), Fons Viladot: “El bunker parla”, en *Fent camí*, 2 (7 de agosto de 1976), p. 10, sig. 0397.
- <sup>57</sup>“Lérida: Miting político de «Fuerza Nueva»”, *La Vanguardia*, 8 de junio de 1976.
- <sup>58</sup>AGA, Cultura, «Detenidos “Marxa de la Llibertat”», 19 de agosto de 1976, caja 42/09112, carpeta 14.
- <sup>59</sup>AGA, Cultura, «La Fuerza Pública impidió el comienzo de la prohibida “Marcha de la Libertad”», 5 de julio de 1976, caja 42/09112, carpeta 14 y Àngel COLOM y Jordi ROSÉS: *40.000...*, p. 46 [t.c.].
- <sup>60</sup>Cit. en John LEDERACH: *Els anomenats...*, p. 91 [t.c.].
- <sup>61</sup>“Manifisesto del pueblo”, Castellbisbal, s.f. [septiembre-noviembre de 1976], transcrito en Àngel COLOM y Jordi ROSÉS: *40.000...*, p. 244 [t.c.].
- <sup>62</sup>Antonio GRAMSCI: *Antología*, Madrid, Siglo XXI, 1974, p. 313.
- <sup>63</sup>ANC, Associacions i Fundacions, «Carta oberta dels Minyons Escoltes i els Guies Sant Jordi», 11 de septiembre de 1976, caja 499.
- <sup>64</sup>Àngel COLOM y Jordi ROSÉS: *40.000...*, p. 158.
- <sup>65</sup>Transcrito en ibíd., pp. 241-242 [t.c.].
- <sup>66</sup>Ibíd., p. 129 [t.c.].

<sup>67</sup>AGA, Cultura, «Detenciones en Cambrils tras la llegada de la “Marcha de la Libertad”», 8 de agosto de 1976, caja 42/09112, carpeta 14.

<sup>68</sup>Recogido en Àngel COLOM y Jordi ROSÉS: *40.000...*, pp. 244 y 245, respectivamente [t.c.].

<sup>69</sup>Ibíd., p. 13 [t.c.].

<sup>70</sup>Salvador SÁNCHEZ-TERÁN: *De Franco...*, p. 148.

<sup>71</sup>APA, Fondo J.V.E., «Condonación de multa por amnistía», 22 de octubre de 1976, sin catalogar.